

habían enviado tropa que incendió el templo. Los propios caballeros habían ejercido constantemente violencias sobre los sacerdotes, y cuando asolaban comarcas como la de Semigalia decían que lo hacían para defender á los cristianos. El, Gedimin, no combatía á los cristianos, sino que reparaba las injusticias cometidas, como hacían los príncipes cristianos, y prueba de ello era que tenía en sus dominios monjes franciscos y dominicos, á los cuales había conferido plenos poderes para bautizar, para predicar y para dedicarse á otras prácticas religiosas. Esto lo escribía al Papa para que supiera por qué sus antepasados habían persistido en las creencias erróneas. Ahora pedía al Papa que tuviese en consideración su situación, porque estaba dispuesto á obedecerle en todo como los demás príncipes cristianos, con tal que á nada se le obligara respecto de la orden teutónica.» Después de esto declaraba que él y sus hijos miraban al Papa y á los cardenales como padres y unía á esto la súplica de que el Papa le enviara al arzobispo de Riga y á un legado suyo para firmar la paz. En otra carta manifestaba que él y los magnates de su reino querían perseverar en los sentimientos expuestos respecto del Papa y de la Iglesia romana; que había hecho su profesión de fe de que «había un Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, cuyo Dios verdadero y vivo había instituido al Papa como pastor y regente de todos los que habían de salvarse...» A esto unió, al parecer, la súplica de que el Papa le enviara legados que le dirigieran y le instruyeran en las doctrinas católicas.

En otra carta dirigida á las ciudades marítimas de Lubeck, Rostock, Stralsund, Greifswalde y Stettin y á los comerciantes é industriales de Gothlandia, excitaba á unas y á otros á que emigrasen á su país. Otras cartas dirigidas á monjes predicadores y á minoritas, especialmente de Sajonia, eran súplicas para que le enviaran sacerdotes.

Esto hizo gran sensación y su consecuencia inmediata fué que en 10 de agosto de 1323 los señores del país livonio, los de la Curlandia y la Estlandia y los representantes de las ciudades de Riga y Dorpat se reunieron en Ermes (Walk), acordando enviar una embajada á Gedimin para firmar con él la paz. Los embajadores, entre los cuales figuraban dos hermanos de la orden, se dirigieron á Wilna, donde se firmó la paz el día 2 de octubre, sin que para nada se hablara del bautizo del rey. Cuando se acudió al Papa para confirmar esta paz, no solo los obispos prusianos le aconsejaron que no la ratificara sino que las órdenes monásticas de Prusia tomaron también la defensa de la orden teutónica. Temíase con razón que Gedimin dirigiera contra ésta todas sus fuerzas, y en realidad aquel príncipe se mostraba hácia ella tan hostil como antes. A pesar de todo esto, la alegría que reinaba en Aviñon era grande y el papa Juan XXII envió á Lituania una embajada, al frente de la cual fueron como legados pontificios dos prelados franceses, el obispo Bartolomé de Alet y el abad Bernardo de San Teofrido, y á la cual se unieron el arzobispo Federico de Riga y los embajadores de esta ciudad. Todos ellos se reunieron en Riga el 22 de setiembre de 1324, ocupándose, en primer término, en enviar algunos sacerdotes á Gedimin para convencerse directamente de que estaba dispuesto á abrazar el cristianismo, pues, según parece, no faltaba quien pusiera en duda la buena fe de las cartas dirigidas por él á los de Riga. Los emisarios llegaron el día 3 de noviembre á Wilna, donde residía el príncipe, y regresaron el 25 del propio mes llevando una memoria en la cual se demostraba plenamente que el Papa había sido víctima de un atrevido engaño y que Gedimin no quería en manera alguna renegar de las creencias de sus padres. El interesante documento, que á la vez arroja un rayo de luz sobre la persona de Gedimin, es bastante notable y merece, por tanto, que lo re-

produzcamos textualmente (1): «Sea público y notorio que nosotros, los emisarios de los legados del Papa, del señor arzobispo y del burgomaestre de Riga, nos presentamos al rey de Lituania en su capital, Wilna, la tarde despues del día de Todos los Santos, y que nos dió audiencia por la noche. Cuando fuimos introducidos á su presencia estaba sentado con sus consejeros en la sala del trono: le entregamos las cartas de los señores legados, del arzobispo, del obispo de Dorpat y Oesel y del burgomaestre de Riga, y las tomó bondadosamente. Al manifestarle que teníamos que transmitirle un encargo de las personas mencionadas, nos contestó que no era aquel momento oportuno para ello, pues habíamos hecho un largo viaje y debíamos descansar de las fatigas del camino, añadiendo que era preciso estuviéramos alegres y de buen humor. A la mañana siguiente, fuimos temprano á oír misa en la iglesia de los hermanos menores, es decir, de los franciscos, preguntando antes al hermano Nicolás si el rey tenía todavía las mismas ideas que había expuesto en sus cartas al Padre apostólico y á todo el mundo, y solicitando al propio tiempo sus consejos. Entonces supimos que el referido Nicolás era miembro del consejo del rey y en vista de ello le suplicamos nos dijera, por amor de Dios, de qué manera habíamos de conducirnos para evacuar el encargo que el Papa nos había dado. A esto nos contestó que el monarca había mudado de parecer y que ya no quería hacerse cristiano. No pudiendo obtener otra respuesta, nos dirigimos al templo á oír misa. Terminada ésta, nos dirigimos con el mismo objeto á los hermanos menores Enrique y Bertoldo. — El rey, nos dijeron, tuvo en efecto aquel propósito, pero por ciertas influencias ha cambiado por completo de parecer. Añadieron que ellos no habían asistido en todo aquel año al consejo, y que únicamente había asistido á él el hermano Nicolás, de quien sospechaban... que fuese el causante de aquella desgracia y de aquel cambio de conducta. Mientras estábamos oyendo misa, el rey llamó al hermano Nicolás, y cuando terminada la misa quisimos dirigirnos con el hermano Bertoldo á nuestro alojamiento, llegó un enviado del rey en busca de los hermanos Bertoldo y Enrique. Después del desayuno, el rey nos mandó llamar: con gran disgusto nuestro, pues esperábamos encontrarle solo, le vimos en su sala de recepciones rodeado de unos veinte consejeros. Como habíamos convenido despues de maduro exámen, y para granjear su favor, pues sabíamos que no le éramos simpáticos, comenzamos por hablarle de la llegada de los señores (es decir, de la embajada pontificia), del proceso contra los hermanos de la orden y de la devolución de los prisioneros y de los bienes que en plena paz le habían sido arrebatados, cosa que él nos agradeció manifestándonos la alegría que le causaba.»

Añadiéronle luego que á consecuencia de la carta que había dirigido al Papa y que había sido llevada á Aviñon por los emisarios de Riga y entregada al Papa por el arzobispo Federico, habían llegado á Riga dos legados provistos de plenos poderes y el arzobispo Federico para convertir al cristianismo al gran duque y para bautizarle, conforme á los deseos manifestados en sus cartas al pontífice, al arzobispo y al «mundo entero.» A esto contestó que él no había dicho que tal se escribiera y que si el hermano Bertoldo lo había escrito, sobre él debía pesar la responsabilidad. Si yo he abrigado, dijo, tal pensamiento, que me bautice el diablo. Luego añadió que él quería respetar al Papa como á padre y que esto era lo que había escrito: como él, dijo, es mas anciano que yo, quiero venerarlo como á un padre, lo propio que al arzobispo, que es también mas viejo que yo; en cuanto á los

(1) El texto latino se encuentra en Bonnelt: *Documentos ruso-livonios*, número LXVII.

que son de mi edad, los considero como hermanos y á los mas jóvenes como hijos. Los cristianos adoran á Dios á su manera, los rusos lo veneran según su rito, los polacos según el suyo y nosotros le adoramos á nuestro modo. Todos, sin embargo, tenemos un Dios. Y en una palabra, confirmó todo el contenido de la carta menos el punto del bautismo, pues no quería ser bautizado, y luego dijo: «¿Qué me estais hablando de los cristianos? ¿En dónde hay mas horrores, mas injusticias, mas violencias, mas delitos y mas usureros que entre ellos, y especialmente entre los que parecen ser sacerdotes, como los cruciferarios (1)? Ellos causan males sin cuento, ellos hacen prisioneros á los obispos, los sepultan en un calabozo y los tratan despiadadamente cuando quieren hacer cumplir su voluntad; ellos han desterrado á muchos prelados, han asesinado á sacerdotes y á monjes, han causado males infinitos á la ciudad de Riga, y desde los primeros tiempos del cristianismo, nunca han cumplido sus juramentos.»

Al día siguiente el gran duque hizo preguntar á los embajadores si querían ó no mantener la paz de 2 de octubre de 1323, es decir, el tratado que se había firmado para seguridad de viajeros y comerciantes, á lo cual contestaron que habiéndose él retractado de los buenos propósitos manifestados al Papa, al arzobispo y al mundo entero, no sabían qué era lo que pensarían hacer los legados pontificios, el arzobispo y sus sufragáneos, pero que si quería podía enviar emisarios que fueran con ellos á Riga para saber si debía ó no seguirse observando la paz.

«Al día siguiente, el intérprete del príncipe, que era cristiano, nos citó en el hospicio de los franciscos, donde encontramos al intendente del gran duque, á sus consejeros y á los hermanos franciscos y dominicos. El intendente preguntó á los franciscos de cuál de ellos había salido la carta dirigida al Papa: el hermano Enrique contestó que él era quien había escrito la carta que el rey había enviado á Riga por conducto de sus emisarios; que el embajador había sido, durante el viaje, maltratado, encarcelado y atormentado por el hambre, y que entonces había sido alterada la carta dirigida al Papa. Después preguntó el intendente al hermano Bertoldo si había escrito que el rey quería ser bautizado, á lo cual contestó aquel que había escrito la última carta que por conducto de los de Riga había sido dirigida al Papa, y que no había puesto en ella mas que lo que había oído de labios del rey, á saber: que deseaba ser un hijo de la obediencia é ingresar en el seno de la Santa Madre Iglesia, que quería acoger á los cristianos y aumentar las cristianas creencias, pues reconocía que se encontraba en el error. Entonces repuso el intendente: ¿De manera que tú confesas que el rey no te dijo que escribieras nada acerca del bautismo? A lo cual contestamos todos nosotros junto con el hermano Bertoldo y el hermano Nicolás, de la orden de los dominicos, que ser hijo de la obediencia é ingresar en el seno de la Santa Madre Iglesia no significaba otra cosa sino ser bautizado. Entonces contestaron el intendente y el hermano Nicolás que el hermano Bertoldo había sido el causante de la equivocación del rey.» La audiencia secreta que los embajadores solicitaron de Gedimin les fué negada. Al siguiente día participaron á los emisarios del gran duque que los legados pontificios harían grande y poderoso como á los demás príncipes cristianos á Gedimin si volvía á su intento de dejarse bautizar, pero esta tentativa no obtuvo resultado alguno.

En una postdata puesta al dorso de este notable documento se consigna que el hermano Nicolás había aconsejado al rey que eligiera por patrono y defensor al rey de Hungría ó

(1) *Cruciferi*, con cuya palabra se indica á los hermanos de la orden teutónica.

de Bohemia en vez de elegir al impotente arzobispo de Riga. Gedimin había querido realmente en un principio recibir el bautismo, pero las amenazas de los schamaites y rusos paganos le habían obligado á desistir de su intento.

De suerte que los embajadores se retiraron sin haber podido realizar su proyecto. Poco despues se presentó en Riga un emisario de Gedimin, el cual manifestó á los legados pontificios, que todavía se encontraban en ella, que el rey nunca había dicho, ni hecho escribir al Papa, ni á las ciudades marítimas ni á nadie, que él y los suyos quisieran bautizarse.

Como se vé, un tejido de engaños y mentiras, en el cual muchos habían sido cómplices, dió origen al error respecto del bautismo de Gedimin, que tanta emoción había causado en Occidente. La culpa principal de todo ello recaía en los monjes franciscos, pero, según parece, el mismo rey había dicho con toda intención palabras que podían despertar falsas esperanzas. Difícil es decir hoy hasta qué punto dieron los de Riga crédito á la mentira. No puede probarse que existiera una complicidad directa por parte de los de Riga; pero lo cierto es que, á pesar de todo, ellos y Gedimin reportaron ventajas, pues el tratado de 2 de octubre continuó en vigor y se intimó á la orden teutónica que cumpliera fielmente las condiciones en él estipuladas. Por otra parte, no es imposible que Gedimin acariciara durante algun tiempo la idea de abrazar el cristianismo y que le hicieran desistir de su intento motivos como los que se indican en la mencionada postdata. Schamait era el centro del paganismo lituano, con el cual no podía romper Gedimin sin indisponerse á la vez con sus súbditos rusos, á cuyos ojos la conversión de su rey al odiado cristianismo latino había de ser mucho peor que la conducta tolerante por él seguida hasta entonces, conducta que, á pesar de todo, le aseguraba en su país la preponderancia nacional y religiosa. Hasta nosotros han llegado noticias fidedignas de que Gedimin, á pesar de toda su tolerancia, procuraba mantener vivas las antiguas creencias religiosas de Lituania. Después que Nadrauen hubo caído en poder de la rama prusiana de la orden teutónica, el Kriwe se había retirado de Monowe, trasladando su residencia al lugar en que el Dibissa entra en el Niemen; pero también llegó hasta allí la orden y entonces el templo fué levantado mucho mas allá, casi en las fronteras de las comarcas ruso-lituanas. Junto á la desembocadura del Wilna en el Wilja levantábase en una colina una ciudad culta de la antigua Lituania: trasladado á ella el Kriwe, Gedimin abandonó la residencia que hasta entonces había ocupado en Troki, ciudad por él fundada en un sitio seguro, en medio de un lago, pasando desde entonces á vivir á aquella ciudad: tal fué, según una leyenda no del todo inverosímil, el origen de Wilna, que, desde aquel momento, fué la capital de la Lituania. Edificáronse en ella dos iglesias católicas con sus correspondientes conventos de franciscos y dominicos, y también se construyó allí, en vida de Gedimin, un templo griego dedicado á San Nicolás. Casi todos los hijos de este gran duque se casaron con princesas rusas, y uno de ellos, Gleb-Narimunt, se hizo cristiano abrazando la confesión ruso-griega. De esta manera encontráronse juntos en Wilna el paganismo y el cristianismo occidental y oriental, fenómeno que no vemos en el resto de Europa. Gedimin practicó constantemente la mas amplia tolerancia, siendo notable en tales circunstancias que á pesar de haber fracasado completamente la mision pontificia, el gran duque no desistió de su propósito y procuró dificultar cuanto pudo, aun por parte de los cristianos, los ataques que contra la Lituania dirigía la orden. La alianza permanente de Riga y Lituania fué perdiendo cada vez mas el carácter odioso que tenía, pudiendo decirse que Gedimin no era en manera alguna enemigo del cristianismo. Pronto estalló de nuevo la lucha con

la órden: apenas se tuvo la certeza de que Gedimin persistía en el paganismo, la órden se retractó de la paz, no pudiendo hacer torcer su política ni la excomunion ni el entredicho que contra ella lanzó el arzobispo (1). Riga se alió otra vez públicamente con Gedimin, el cual al frente de un poderoso ejército emprendió una campaña de devastación en los territorios de la órden; pero la energía del maestre Eberardo de Munheim consiguió abrir brecha en la resistencia de Riga. A pesar de una nueva campaña que Gedimin emprendió contra Curlandia para libertar á la ciudad, en 20 de marzo de 1330 Riga tuvo que rendirse á discreción, y una de las condiciones expresamente estipuladas en el tratado de paz que se consignó en la llamada «carta desnuda,» fué que se rompiera la alianza entre Riga y Lituania y que aquella ciudad se obligara á proporcionar un ejército á la órden teutónica, así en los casos de ataque como en los de defensa.

Gran pérdida fué ésta para la Lituania. Gedimin, que no podía hacer frente á la Livonia desde el momento en que ésta estuviera unida bajo un solo cetro, hubo de limitarse á la defensiva. Las noticias que han llegado hasta nosotros son insuficientes, pero, segun parece, la guerra con la órden duró hasta 1338, extendiéndose por los territorios livonios.

En 1.º de noviembre de 1338 firmóse una paz por diez años: Riga y la órden de una parte, y de otra Gedimin y los príncipes, obispos y ciudadanos de Polozk y de Witebsk, convinieron en establecer para lo sucesivo un territorio neutral en el Duna, junto á la desembocadura del Elwst; en que el paso del Duna sería libre y en que los comerciantes rusos y lituanos podían recorrer libremente la Livonia, y á su vez los comerciantes alemanes circularían sin obstáculo por los territorios ruso-lituanos. Por último, se fijaron las condiciones segun las cuales debían resolverse las cuestiones mercantiles que surgieran.

Que por consecuencia de este tratado nacieron relaciones amistosas entre ambas partes, se demuestra por el examen del libro de la deuda de Riga, cuyos asientos revelan un animado comercio con Lituania.

No es posible determinar qué clase de relaciones existían entre Gedimin y los tártaros de la Horda de Oro. Sorprende no ver que en medio de las conquistas por él llevadas á cabo en el Sur de Rusia no hubiera de luchar contra los tártaros, á cuyos territorios perjudicaba indirectamente. Sus relaciones con Usbeck eran, al parecer, amistosas, pues en las campañas de Gedimin contra Livonia vemos que le acompañaban tropas auxiliares tártaras. La política prudente que siguió, segun hemos visto, en todas partes, no se desmintió respecto de la Horda de Oro: ni él ni los príncipes rusos á él sometidos pagaron tributo alguno.

Gedimin falleció durante el invierno de 1341 á 1342, y aunque no se sabe á punto fijo la fecha de su muerte, puede decirse que acaeció antes del mes de marzo de 1342. No puede negarse que este príncipe constituye una gran figura histórica de trascendental importancia. El fué quien puso á la Lituania en la senda por la cual este país llegó con sorprendente rapidez á la categoría de gran potencia en la Europa oriental; él fué quien supo sacar á su pueblo del estado de barbarie, construyendo ciudades y fortalezas, organizando el sistema militar á la europea y atrayéndose y protegiendo á los elementos de cultura del Occidente; él fué, por último, quien supo formar un centro á cuyo alrededor pudieron agruparse durante muchos siglos los elementos rusos no sojuzgados por los tártaros ó que habían logrado sacudir su yugo.

(1) Estas cuestiones de Livonia están completamente falseadas en Antonowicz, obra citada, pág. 80.

La persona de Gedimin despierta también nuestras simpatías: valeroso guerrero, excelente general, nunca, ni en los momentos más difíciles, perdió su serenidad y la confianza que en sí mismo tenía. Su manera de dirigir la política de su Estado revela algo más que la astucia de un bárbaro: demuestra la consecuyente ejecución de un plan sabiamente concebido. No era cruel, pero sí desconsiderado y violento. Pagano, aunque imparcial, tolerante para con el cristianismo, dotado de cierta elocuencia natural en el modo de expresarse, fué el iniciador de una nueva era para la Lituania.

CAPITULO XXI

OLGERDO Y KESTUIT (1341-1377)

Las dotes extraordinarias de los lituanos y la abundancia de hombres notables que les caracterizaba no se extinguieron con Gedimin. De entre sus hijos hubo dos que estuvieron por lo menos á la misma altura que su padre en punto á inteligencia y energía: Olgerdo y Kestuit (2), que, después de grandes dificultades, consiguieron apoderarse de la soberanía y supieron no solo conservarla, sino también aumentarla y robustecerla.

Al morir Gedimin no había en Lituania costumbre ni ley alguna que regulara la sucesión al trono, de suerte que después de él el gran ducado se dividió en ocho fracciones, de las cuales siete fueron para los hijos y una para el hermano de aquel gran duque. Pero como esta división no subsistió, afortunadamente para la Lituania, sino hasta 1345, no es preciso que entremos en detalles acerca de dicho período. A nosotros nos interesa únicamente saber que Olgerdo obtuvo en Lituania á Krewo y los territorios á esta ciudad anejos; que además estuvo al frente del principado de Witebsk, que en dote le había aportado su esposa María Yaroslawná en 1320; y que su hermano Kestuit heredó la Lituania occidental, desde las costas schamaitas hasta Wolhynia. El más joven de los hijos de Gedimin, Yawnuti, que probablemente nada había obtenido en vida de su padre, recibió el territorio que más directamente había estado sometido á éste, es decir, Wilna con sus arrabales. Algunos, apoyándose en el hecho de haber sido Wilna la residencia del gran duque de Lituania, han creído equivocadamente que Yawnuti, al morir su padre, había sido proclamado gran duque (3). No fué así, sin embargo, y lo más probable es que durante los cinco primeros años que siguieron á la muerte de Gedimin, Lituania no tuvo ningún soberano por todos reconocido, sino que cada uno de los ocho príncipes gobernó independientemente su territorio. En Lituania amenazaba presentarse un estado de cosas como el que había aparecido en Rusia, desgraciadamente, después de la muerte de Yaroslao. Las fuerzas no combinadas de los hermanos se gastaron en luchas inútiles contra sus vecinos.

Esto se vió en la larga serie de expediciones guerreras que siguieron á la muerte de Gedimin. Monwid, primogénito del difunto gran duque, luchó contra Prusia; Lubart, otro de los hijos, con Casimiro de Polonia y Halicz; Olgerdo contra Moshaisk, de la cual en vano quiso apoderarse. A esto hay que agregar la parte que tomó Olgerdo en las luchas contra Livonia y Pskoff. Este príncipe invadió los territorios de la órden teutónica y nombró á su hijo Andrés príncipe de Pskoff; pero abandonó esta posición cuando, después de la

(2) Siguiendo á Bonnell aceptamos esta forma de su nombre; además de ésta encontramos las siguientes: Kenstut, Kenstutte, Kestut, Kestyt, Kestuti, Keynstutte, Kynstutte, y las rusas Keemymiu ó Keemymu.

(3) Antonowicz refuta este error en la obra citada, pág. 88, nota.

muerte de su tío Woin, se le presentó ocasión de agregar á Polozk á sus restantes posesiones. Aun cuando en casi todas estas empresas Kestuit aparecía como auxiliar de sus hermanos, siempre resultaba que las luchas habían de emprenderse con divisiones parciales del ejército lituano, y esto era tanto más sensible cuanto que por aquel tiempo la órden teutónica de Prusia ganaba cada día en número y concentración de fuerzas. En 1343 había ésta firmado la paz con Casimiro de Polonia, el cual quería destinar todas sus fuerzas á la guerra que contra Lituania iba á emprender por causa de Halicz y Wolhynia. En la paz de Kalisch habían sido cedidas á la órden la Kulmerlandia, Michelovia y Pomerelia, á cambio de Kujavia y Dobrzyn, de las cuales había hecho renuncia. Una vez fortificadas las fronteras, volvieron al país los cruciferarios, que en 1344 repitieron sus devastadoras invasiones en Lituania. En 1343 había estallado una terrible sublevación de labradores en la Estlandia danesa (1), sublevación que se propagó por los vecinos territorios de la órden pero que pudo ser dominada, no sin grandes esfuerzos; de suerte que en 1345 pareció prepararse una nueva guerra contra Lituania, en la cual tomaron parte los cruciferarios alemanes. Precisamente en aquella época se encontraban al frente de la órden dos hombres de primera fuerza, á saber, Enrique Dusemer en Prusia y Goswin de Herike en Livonia. Esta circunstancia fué causa de que Olgerdo y Kestuit formaran una estrecha alianza, cuyo objeto era la unión de las fuerzas de Lituania y el restablecimiento de la dignidad de gran duque.

Probablemente antes de 1.º de marzo de 1345 Olgerdo con su ejército salió de Witebsk en dirección á Krewo, mientras Kestuit, en una jornada, salvaba la distancia que media desde Troki á Wilna, de cuya ciudad, junto con los castillos que la dominaban, se apoderó en una fría noche de invierno sin encontrar resistencia alguna. Yawnuti, á medio vestir, emprendió la fuga, pero los pies se le helaron y fué hecho prisionero y encerrado en la cárcel. Entonces se enviaron mensajeros á Olgerdo diciéndole que había sido proclamado gran duque, y se firmó entre él y sus hermanos un tratado cuyas condiciones más importantes eran: que Olgerdo sería reconocido como soberano, á quien deberían prestar obediencia los demás hermanos; que él y Kestuit, el cual también recibía el título de gran duque, formarían una estrecha alianza y se comprometerían á repartirse todas las conquistas que en lo sucesivo llevarán á cabo; y que Yawnuti se contentaría con Taslaw, en Polozk. En cuanto á los demás hermanos, conservaron los territorios que les había dejado Gedimin, pero reconociendo todos la supremacía de Olgerdo. Únicamente Yawnuti y Narimunt intentaron resistirse, pero sus esfuerzos no obtuvieron éxito alguno: el primero huyó por Smolensko, refugiándose en la corte del gran duque Simeon de Moscou, donde fué bautizado, pero ya no pudo volver á Lituania; el segundo procuró atraerse el apoyo de los tártaros, pero viendo que sus tentativas no obtenían resultado, se reconcilió con sus hermanos, y murió en 1348 durante la guerra contra la órden.

Este golpe de Estado produjo por consecuencia la división de la Lituania en dos partes, ambas bajo la supremacía de Olgerdo: cohesión ideal y ficticia que únicamente podía subsistir por la acción uniforme de ambos hermanos, pues de éstos, Olgerdo gobernaba los territorios rusos y Kestuit las comarcas puramente lituanas. Así fué, y nada turbó la armonía: hasta el último momento reinó entre ellos intensa amistad, naciendo de ella relaciones que hubieran honrado á dos hermanos cristianos cualesquiera. Sin embargo, difícil es concebir dos caracteres más opuestos. Olgerdo era un políti-

(1) Pasamos por alto los detalles propios de la historia de Livonia.

co astuto (2); con prudencia y reserva sumas perseguía sin detenerse por nada la realización de los planes concebidos, sabiendo envolverlos en impenetrable oscuridad. Los cronistas del Norte de Rusia, para quienes es un personaje poco simpático, le llaman «el infiel, el impío, el astuto,» y á pesar de ello nos lo describen en los siguientes términos: «Este Olgerdo era extraordinariamente sábio, y hablaba muchos idiomas y superaba á todos los demás en dignidad y en poder. Sabía dominarse á sí mismo y se mantenía alejado de las cosas frívolas, de los placeres, del juego y de otros pasatiempos análogos, no ocupándose día y noche más que en las cuestiones del Estado. No bebía vino, ni cerveza, ni leche de yegua ni otras bebidas embriagadoras, pues le repugnaba la embriaguez, y era mesurado en todas sus cosas.

»Gracias á estas cualidades adquirió grandes conocimientos y gran superioridad y realizó siempre sus planes: y á su astucia debió el conquistar muchos y extensos territorios, ciudades y principados, que supo conservar y aumentar en mas alto grado que su padre y que su abuelo. Olgerdo solía conducirse de manera que nadie supiese, ni sus mismos generales y soldados, el punto á donde pensaba llevar la guerra ni contra quién quería luchar, y todos le temían (3).»

Bajo el punto de vista político, se atrajo á sus súbditos rusos, entre los cuales había pasado la mayor parte de su vida, pues desde la edad de veintisiete años había sido príncipe de Witebsk. Su segunda esposa, Uljana de Twer, era rusa y de sus doce hijos, diez fueron bautizados segun el ritual griego. A pesar de las encontradas opiniones de autores rusos y lituanos, no es probable que se hiciera cristiano. En este punto siguió, al parecer, la conducta de su padre; pero no solo toleró el cristianismo sino que favoreció públicamente á sus súbditos cristianos, que, por su número, habían adquirido verdadera preponderancia. Es imposible que el Occidente no hubiera sabido nada de su conversión al cristianismo (4).

En cuanto á política exterior, los asuntos rusos ocuparon siempre preferentemente la atención de Olgerdo: los principales objetivos de aquella fueron, en globo, robustecer su influencia en Pskoff, Nowgorod y Smolensko; poner un dique al poder del gran duque de Moscou, protegiendo para ello á Twer; arrebatar á la Horda la Rusia meridional y Bransk, Nowgorod-Ssewerski y Kieff, y conservar la Wolhynia contra las pretensiones de Polonia. Su política interior tenía por objeto el constante robustecimiento de su gran ducado, apoyándose en las ideas que predominaban en Rusia. Como el mayor de su familia concedió á sus hijos, hermanos y sobrinos principados parciales, procurando siempre mantener viva la idea de su supremacía. Profesaba en absoluto el principio de autoridad y sabía velar por él aun en aquellas ocasiones en que parecía estar en oposición con su interés particular. Andando el tiempo, se enemistó con los lituanos nacionales.

(2) Segun Antonowicz, pág. 95.

(3) Su figura la describe Narbut (*Dzieje narodu Litewskiego*, IV, páginas 236-237), tomando probablemente los datos de una relación contemporánea de un cruciferario, en los siguientes términos: «Su mirada es majestuosa; su cara es colorada y larga, su nariz grande, sus ojos azules y muy expresivos, velados por largas y rubias pestañas; su barba y su cabellera son poco espesas, de un color rojizo y con algunas canas; su frente es alta y calva su coronilla; es de estatura más que regular, ni grueso ni flaco, y habla con voz alta, sonora y agradable. Monta á caballo perfectamente y cuando camina cojea del pie derecho, por lo cual se apoya siempre en un bastón ó en un paje; conoce perfectamente el alemán y se expresa con facilidad en este idioma, pero hablando con nosotros se vale siempre de un intérprete.»

(4) Antonowicz es de opinión contraria (pág. 97): sus manifestaciones nos parecen refutadas por las que hace el emperador Carlos IV acerca de su conversión y de la de Kestuit. Véase Bonnell, obra citada, página 147.